

gros han perdido todo su crédito. ¡Y se quiere que la Inmaculada Concepción cure á los filósofos y les devuelva la fe! Los que no pueden ya creer en la Encarnación del Hijo de Dios, ¿creerán que la Madre del Cristo ha sido concebida sin mancha? Creen cosas mejores que esas, monseñor, creen que todos los hombres nacen sin mancha, y que lo que llamáis un privilegio de la Santísima Virgen es el derecho común. ¿Cómo queréis que adquieran la fe en lo sobrenatural, cuando para ellos todo es natural? ¿Cómo queréis que vean el espíritu de Dios en la Iglesia, cuando la Iglesia consagra un prodigio que para ellos es un contrasentido? ¡Singular fecundidad la de nuestra Santa Madre! Se la hacía cargo precisamente de ser demasiado fecunda en supersticiones, y ahora se la considera animada del Espíritu divino, porque nos regala una superstición nueva.

Monseñor Laforet insiste. ¿Qué es lo que los filósofos modernos predicán por todas partes? El progreso. Pues bien, la Iglesia también tiene su progreso; lejos de que los dogmas se acaben, hay que decir que progresan (1). Hay, en efecto, un *progreso dogmático*. Dios nos libre de semejante progreso. Cuando, en el siglo XII, frailes ignorantes ó codiciosos imaginaron festejar la Concepción de la Virgen, San Bernardo dió la voz de alarma, increpó su ignorancia y su superstición, y acaso pudo añadir su espíritu de cálculo y de dominación... ¡Y lo que San Bernardo encontraba contrario á la razón en medio de las tinieblas de la Edad Media, se proclama como un progreso dogmático en pleno siglo XIX! Quién sabe si ese progreso ayudará á arruinar la revelación milagrosa; y al ver como se fabrican los dogmas, acabarán los hombres por disgustarse de los dogmas revelados y se contentarán con la verdad que Dios les enseña por medio de la razón.

La Iglesia ha aplaudido la definición de la Inmaculada; y ¿qué ha ganado con ello? Los hombres en su ceguedad no ven dónde los conduce Dios. Por más que los papas se llamen infalibles, obedecen, como toda la humanidad, á esa ley de la humana imperfección. En la Edad Media predicaron las cruzadas, y nunca parecieron más poderosos que cuando levantaban la Europa entera para lanzarla sobre el Asia. ¿Y qué sucedió? Que el co-

(1) LAFORET, *le Dogme catholique*, t. III, p. 30.

mercio de los creyentes con los infieles inauguró la libertad de pensar y la incredulidad, es decir, que en el momento mismo en que el papado triunfaba, el catolicismo estaba amenazado en su existencia. En el siglo XV fueron los papas los grandes protectores del Renacimiento, y como tales se les ensalzó durante mucho tiempo. ¿Y qué sucedió? Los humanistas fueron los precursores de Lutero y de Voltaire. Hé ahí cómo los papas, esos vicarios infalibles de Dios, trabajaron en la ruina de la Iglesia y de la religión favoreciendo las letras. ¿No podrá acontecer lo mismo un día con el *progreso dogmático* realizado por la Inmaculada Concepción?

No háy necesidad de ser profeta para predecir los destinos del nuevo dogma. Efectivamente, ha servido para engrosar las tinieblas de la superstición, y ésta es el fundamento más sólido de la dominación de la Iglesia. Pero la medalla tiene su reverso. ¿Cuál es la causa profunda que en el siglo XVI separó de Roma la mitad de Europa? Las supersticiones católicas. En vano se defienden de ese cargo los defensores del cristianismo tradicional. Pues hé aquí al mismo papa dando la razón á los protestantes y alejando por siempre del catolicismo á todos aquellos que dan culto á la razón, lo mismo protestantes que librepensadores. ¿Qué opinan aquéllos de la Inmaculada Concepción y de la Iglesia que la proclama? Dicen que el nuevo dogma abre un abismo entre la Iglesia y la razón (1). Y son los anglicanos, los más ortodoxos entre los protestantes, los que usan ese lenguaje. Una revista *tory* pregunta á los devotos de María inmaculada si creen que la *piadosa creencia* destruirá la reforma. Si esperan ese milagro, que le esperen mucho tiempo. ¿Cómo una superstición de que no hay vestigio en la Escritura podría acercar á Roma á los que de ella se separaron porque la Iglesia se apartaba de la Escritura? (2).

La ignorancia y la credulidad han encendido luminarias de júbilo. Pero digan lo que quieran los políticos y los misántropos, el imperio del mundo no pertenece ya á la sinrazón; es el pensamiento el que gobierna á los seres inteligentes. Al promulgar como dogma revelado una grosera superstición, el pontificado y la Iglesia han abdicado el

(1) *Edinburgh review*, 1856, t. CIII, p. 456.

(2) *Quarterly review*, t. XXVII, p. 172.

poder espiritual que pretende tener de Dios. Las mujeres y los necios han aplaudido. Pero ¿qué sucederá cuando la reacción católica dé lugar á una reacción contraria? Las iluminaciones y los aplausos que han celebrado la *piadosa creencia* se volverán contra el catolicismo y le servirán de capitullo de cargo. Esa reacción contra la Iglesia es tan inevitable como lo ha sido la de la religión contra la incredulidad. Las supersticiones de la Edad Media quitaron á Roma la mitad de Europa; la superstición erigida en dogma la hará perder la otra mitad. Lanzar un reto á la razón, como lo ha hecho el papa, es un medio seguro de rechazar á todos los que se vanaglorian de tener razón.

II

Si se cree á los apologistas, el catolicismo se ríe de los ataques de la incredulidad; ¿no le ha sido prometida la eternidad por el Eterno? En apariencia, el dogma de la Inmaculada ha dado nueva fuerza á la Iglesia, cuyo poder consiste en su unidad. Antes de ahora había dissentimientos en su seno; en el siglo XVIII, los obispos y los reyes se daban la mano para afrontar á los débiles viejos que se sentaban en la silla de San Pedro, y la Iglesia universal estaba á punto de dividirse en Iglesias nacionales. Esas divisiones han cesado. Los galicanos se han prosternado á los pies de Pío IX con los ultramontanos. Y monseñor Malou ve en eso una de las ventajas incontestables de la definición pronunciada por el papa. Pretendían los galicanos que la santa sede no podía decidir las cuestiones de fe sin el concurso de la Iglesia. Y hé aquí que Pío IX ejerce su autoridad infalible en un solemne litigio, y su decisión es recibida con entusiasmo por la Iglesia entera. Esto es, dice el obispo de Brujas, la condenación y la derrota definitiva de las opiniones *anticuadas y falsas del galicanismo* (1).

Se dice que el fin secreto del papa y de los que le inspiran ha sido reivindicar implícitamente la infalibilidad y la omnipotencia en favor de la santa sede (2). A juzgar por las apariencias, la victoria del papa es completa; ni un solo obispo galicano ha protestado. Los dominicos han dado la mano

(1) MALOU, *l'Immaculé*, t. II, p. 416.

(2) *Études sur le nouv. au dogme*, p. 271.

á los franciscanos, y los jesuitas han abrazado á todo el mundo. Ya no hay más que una voz en la Iglesia, como no hay más que un pastor. Los ultramontanos cantan victoria. Pero nos parece que se apresuran demasiado. Indudablemente la unidad es un elemento de fuerza; pero la unidad absoluta es imposible, porque es contraria á los designios de Dios; por lo mismo no es más que una ficción. Mientras que ha palpitado la vida en el seno del catolicismo, ha habido en él división; los dissentimientos entre galicanos y ultramontanos, entre el clero regular y el clero secular, entre los discípulos de Santo Domingo y los de San Francisco, no eran impedimento á la influencia de la Iglesia, porque había en ella un fondo de creencias comunes que bastaba para mantener la unidad. En el día ha cesado todo dissentimiento. ¿Es este un signo de vida nueva? Más bien es un signo de muerte. Todos esos resucitados que se llaman padres y hermanos sienten á su alrededor el vacío; saben que no tienen más que una vida aparente, y que en realidad están en la región de los muertos. La sociedad se les escapa, y hacen un último esfuerzo para recobrar su dominación; esfuerzo desesperado, como el del naufrago que se agarra á la tabla incapaz de salvarle.

No hay verdadera fuerza para fundar un poder espiritual más que la que da la inteligencia. Esta es la primera vez que el papa promulga solemnemente un dogma y que la cristiandad lo acepta. ¿Es esa una muestra de poder? Comunicar la verdad á los hombres y la verdad absoluta es desempeñar funciones de Dios. Y ¿qué es lo que el dios de Roma enseña al mundo á título de verdad divina? Para los librepensadores, la Inmaculada Concepción es una simpleza. Y ¿qué dicen los cristianos protestantes? Prueban que esa pretendida verdad revelada por Dios no existe en la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios; prueban que es una superstición grosera, indigna de los discípulos de Cristo; una verdadera idolatría, que conduce á igualar una mujer á las tres personas de la Trinidad, á identificar la criatura con el Creador. ¡Bella manifestación de la infalibilidad pontificia la de proclamar como verdad revelada una creencia supersticiosa que rechazó el siglo XII! Aun colocándose bajo el punto de vista católico, es visible el engaño que ha sufrido el infalible. En efecto, la *piadosa creencia* no tiene otro fundamento que una

engañoso tradición, el de escritos apócrifos, el de textos falsamente traducidos ó falsamente interpretados (1). Si el papa se hubiese propuesto demostrar que era falible y muy falible, no lo hubiera podido hacer mejor.

Pero no es eso todo. En el momento en que el papa por primera vez verifica un acto de infalibilidad, anula él mismo ese privilegio, que no es más que una impiedad. Si Pío IX es infalible, todos los papas anteriores lo han sido. Pues entre esos papas los hay que han negado la Inmaculada Concepción, mientras que Pío IX hace de ella un dogma revelado; y si Pío IX es infalible declarando inmaculada á la Virgen, Inocencio III é Inocencio V se han engañado enseñando que María ha sido concebida en pecado original. Pío IX declara que la piadosa creencia es necesaria á la salvación. Pues ¿por qué los papas han dejado á los cristianos durante siglos en la incertidumbre acerca de un punto que tanto importaba á la salud eterna? Los que rehusaron promulgar el nuevo dogma, ¿eran infalibles? Los que vacilaron sin atreverse á decir ni sí ni no, ¿eran infalibles? Si todos son infalibles, el sí y el no, la duda y la vacilación serán igualmente una verdad revelada. ¿Inocencio III ha podido salvarse negando la Inmaculada Concepción? ¿Ó es que la verdad no es una, sin embargo de ser absoluta? Lo que es hoy verdad revelada, ¿no lo era en el siglo XIII? ¿Puede haber cuestión de infalibilidad en ese caos de contradicciones?

Y no es solamente la infalibilidad pontificia la que ha quedado destruida con la bula, es el propio catolicismo. ¿Qué es lo que hace la fuerza de la Iglesia fundada sobre la piedra? El que se dice inmutable como que está en posesión de la verdad absoluta. Esa certidumbre es la que tiene tanto atractivo para los espíritus débiles que, no soporlando las angustias de la duda é incapaces de entregarse al rudo trabajo del pensamiento para investigar la verdad, se consideran dichosos con encontrar la verdad ya hecha. A las objeciones de los librepensadores responden que una creencia que ha sido la misma siempre y en todas partes no puede venir más que de Aquel que es la verdad. Pues la inmutabilidad y la perpetuidad de la fe son una ilusión ni más ni menos que la infalibi-

(1) DURAND, *l'Infalibilité pontificale*, p. VI-VIII.

lidad del santo padre; es más que una ilusión, es una imposibilidad, puesto que supondría que los hombres, seres imperfectos, son capaces de poseer la verdad absoluta. Pero la Iglesia proclama desde tan alto y tan resueltamente que es inmutable, que los simples la creen bajo su palabra. Y ¿quién ha desvanecido ese prestigio? El papa en su bula.

Se conoce la doctrina que Bossuet opone con tanta altivez á los protestantes. Vicente de Lerins la ha formulado con gran precisión: "En la Iglesia católica, dice, se debe tener gran cuidado de atenderse á lo que se ha creído en todos los lugares, en todos los tiempos y por todos los fieles." De ahí se sigue que las opiniones que son nuevas no son católicas. "Hay que evitar las novedades de doctrina, continúa Lerins, que son contrarias á la antigüedad y que obligan, si se las recibe, á quebrantar en todo ó en parte la fe de los Santos Padres, y á pronunciar que el mundo católico todo entero se ha encontrado en el error durante un gran número de siglos, en los que no ha sabido lo que era necesario creer," (1). Con ese principio es con el que combate Bossuet á los reformados, á los cuales les dice: ¿Enseñáis novedades? Pues sois herejes. Y ¿qué entendía él por novedades? Lo que no es conforme á la tradición de todos los siglos precedentes. Así es como se expresa Bossuet en su *Exposición de la doctrina de la Iglesia católica* (2). Y de ello saca esta consecuencia: "Cualquiera que sea el tiempo en que en asuntos de fe se diga otra cosa de la que se decía el día antes, siempre es heterodoxia, es decir, otra doctrina opuesta á la ortodoxia; y toda falsa doctrina se dará á conocer desde luego, sin trabajo y sin discusión, por la sola innovación, puesto que será siempre alguna cosa que no haya sido perpetuamente conocida." Fleury desenvuelve esta doctrina en términos que condenan de antemano el nuevo dogma de la Inmaculada. "Para fundar un artículo de fe, dice, la tradición debe ser perpetua y universal, recibida en todos los tiempos y atestiguada por el consentimiento de todas las Iglesias. Hay, pues, que rechazar todas las tradiciones fundadas en falsos documentos ó en opiniones particulares y nuevas; y se llama nuevo en esta materia todo aquello cuyo comienzo se conoce después de los apóstoles. Porque, como dice Tertu-

(1) VINCENT. LERINENS., *Comment.*, c. II et XXIV.

(2) BOSSUET, *Œuvres*, t. XI, p. 524 (ed. de Grenoble).

liano, no nos es lícito inventar ni investigar nada después del Evangelio," (1).

¿Responde á estas exigencias el dogma de la Inmaculada? Después de lo que hemos dicho, ni siquiera puede haber cuestión. ¿Dice la Sagrada Escritura que la Virgen esté sin mancha? Directamente habla muy poco de María y en términos nada honoríficos. En cuanto á los testimonios indirectos, los mejores teólogos los niegan. ¿Predicaron los apóstoles la Inmaculada Concepción? El más grande de todos ni siquiera pronuncia el nombre de aquella que hoy quiere hacerse la corredentora del género humano. ¿Y los Padres de la Iglesia? Invocados como intérpretes de la Escritura, ni uno solo la explica en el sentido de la bula, mientras que directa ó indirectamente todos enseñan que la Santa Virgen fué concebida en el pecado. ¿Es más favorable la tradición á la antigüedad del dogma? Se alega la fiesta de la Concepción; pero para ver en ella una prueba hay que alterar la significación de la fiesta, y para hacerla remontar á los tiempos antiguos ha habido que apoyarse en documentos apócrifos. ¿Es esa la tradición perpetua y universal desde los apóstoles que Bossuet y Fleury exigen? ¿Se puede decir, con Vicente de Lerins, que la Inmaculada Concepción sea una creencia que ha existido siempre, cuando la han ignorado los doce primeros siglos? ¿Se puede decir que ha existido en todos los lugares y en todas las Iglesias, cuando no se la conocía ni en Oriente ni en Occidente, en los tiempos apostólicos ni en los siglos subsiguientes? ¿No se la debe imponer el sello de la novedad que la condena, dado caso que conocemos la época en que ha tenido origen y que sabemos las causas que la han esparcido? ¿Será necesario repetir con San Bernardo que esas causas son el error, la ignorancia y la superstición?

Verdaderamente los devotos de María en el siglo XIX son tan ignorantes y tan supersticiosos como los frailes de la Edad Media. Los obispos que han aplaudido la definición de Pío IX y los apologistas que han escrito gruesos volúmenes para defenderla dan muestra de ignorar que por poco nueva que sea la piadosa creencia, incurre en reprobación. ¡Y, sin embargo, confiesan la novedad! Uno de ellos, al aclamar la Concepción Inmaculada, dice que sería oportuno, habida consideración

(1) FLEURY, *V^e Discours sur l'histoire ecclésiastique*, n^o XIII.

al gran número de herejes, no aumentar el número de artículos de fe sin gran necesidad. Ese es el más razonable de todos, y, sin embargo, confiesa que se puede aumentar el número de dogmas. Es en San Vicente de Lerins en donde ha aprendido esa teología. Otro menos prudente exclama: "Terminad, pues, oh santo padre, esa obra cien veces intentada, mil veces deseada, muchas veces comenzada sin resultado definitivo." De este modo los dogmas se construyen como las casas. Se echan los cimientos, pero se ve que no son sólidos, y se interrumpe la obra; se vuelve á comenzar y se vuelve á interrumpir, hasta que por fin viene un arquitecto más hábil ó más temerario que se atreve á edificar sobre cimientos ruinosos. Y lo consigue, sin perjuicio de que el edificio se venga á tierra á la primer sacudida del viento. Hé aquí un obispo que pronuncia la palabra fatal: "La veneración sin límites que profesa á la suprema silla y á su infalible oráculo no le permiten, dice, formular un juicio sobre la grave cuestión de si se debe añadir un nuevo artículo á los de la fe católica," (1). ¿Dónde ha aprendido ese digno pastor de las almas que se pueden añadir nuevos artículos de fe?

El hecho de que un dogma que el papa dice tan antiguo como el cristianismo es realmente nuevo, ese hecho tiene tanta gravedad, que hay que insistir en él para darle una evidencia incontestable. En la Iglesia occidental conocemos al hombre que primero enseñó la Concepción Inmaculada de la Virgen: es Juan Scot, uno de los doctores escolásticos que malgastaban su inteligencia en ergotear acerca de religión. Y todavía propuso su opinión con una gran reserva. ¿Y cómo fué acogida en el mundo científico la piadosa creencia? Alvaro Pelagio dió la voz de alarma, recomendando que no se diese nunca á conocer al pueblo esa doctrina quimérica y nueva (2). En el siglo XV, Gerson, aun cuando partidario de la piadosa creencia, confiesa que esa verdad es del número de aquellas que han sido recientemente reveladas ó manifestadas por medio de milagros (3). ¿Conque aun después de Jesucristo hay revelaciones del Espíri-

(1) Los informes y dictámenes de los obispos acerca de la Inmaculada Concepción han sido publicados en diez volúmenes en 8^o, con el título de *Pareri d.lli' episcopato cattolico*. No hemos tenido la fortuna de poderlo consultar. Nuestras citas están tomadas del libro *Études sur le nouveau dogme*, p. 95-97.

(2) ALVAR. PELAG., *de Planctu ecclesie*, lib. II, art. 52.

(3) GERSON, *Opera*, t. IV, p. 589.